

Mujer y antropóloga en un gimnasio de box

Verónica Moreira

IIGG- UBA/CONICET

veromoreira175@gmail.com**Mi inserción en un gimnasio de boxeo**

No es la primera vez que como antropóloga ingreso a un mundo social masculino, es decir, a un mundo social creado y dominado por hombres. En aquel entonces (hacia 2000 cuando era estudiante), “ingresé” a la hinchada (comúnmente conocida como “barra brava”) del Club Atlético Independiente. En esta oportunidad, el interés es comprender las prácticas y las representaciones en un gimnasio de boxeo de la sede del Club Atlético Chacarita Juniors, emplazado en el barrio homónimo. Como hace quince años atrás, esta vez también pedí permiso para “estar allí”. La diferencia con el trabajo anterior es que no se presentaron instancias intermedias para ingresar al mundo del boxeo. Antes de conocer a los jefes de la hinchada, había dado varios rodeos circulando por distintos espacios, sola y acompañada, y diciendo a las personas con las que había generado confianza que quería conocer a los líderes del grupo. Después de muchos meses, me presenté ante ellos, y con su consentimiento pude convivir con los hinchas por otros largos meses. En el boxeo, alcanzó que una amiga que practica allí hace dos años aproximadamente me invitara a conocer su espacio y me acompañara el primer día para presentarme al entrenador. Quienes me conocen saben que estoy interesada en el boxeo desde hace varios años. Dicho interés se materializó en 2011 en la Reunión de Antropología del Mercosur (Curitiba/Brasil), donde expuse un proyecto de investigación considerando la perspectiva de género. Pasaron los años sin que pudiera desarrollar la propuesta. En 2016, gracias a la insistencia y apoyo de mi amiga, y a una mayor disponibilidad horaria, decidí conocer los pormenores de este deporte. Comencé en abril, sólo los viernes porque en aquel momento realizaba yoga lunes y miércoles durante los horarios del gimnasio.

No tuve inconvenientes para iniciar las clases puesto que es un lugar que recibe a alumnos con distintas características: socios y no socios de la institución deportiva, hombres y mujeres de

distintas edades, con o sin trayectoria deportiva, de distinta textura física (altos, bajos, gordos, delgados). Con el tiempo, después de cuatro meses, supe que el gimnasio era una “escuela”, un sitio donde los practicantes asisten para conocer diferentes aspectos del boxeo. Quiero decir, no es un lugar donde se desarrolla el boxeo profesional. Muy pocos alumnos han competido en torneos amateurs. Los alumnos más experimentados, a lo sumo, salen a “guantear” con la supervisión del profesor. Esto es una suerte de entrenamiento que se organiza con alumnos de otras instituciones con los que se enfrentan los alumnos de “Chaca”.

No sé si valió de mucho mi presentación como antropóloga. Le expliqué el primer día al entrenador cuáles eran mis objetivos. Y si bien en la tercera clase le hizo un comentario en voz alta al joven que me estaba explicando unos ejercicios (un joven que es el segundo entrenador), a lo largo de estos meses no hubo más acotaciones al respecto. En ese momento, el entrenador hizo un gesto en alusión a “adelante, mostrale cómo son los ejercicios así salís en la nota”. Es habitual que a lxs antropólogxs nos confundan con periodistas (con personas que cumplen un rol más cercano a su cotidianidad). Cuando hice comentarios sobre mi trabajo de investigación (principalmente en torno a “la ausencia de ideas”), la comunicación con el entrenador se truncó, no hubo muestras de interés. Entendí que yo “estaba allí” en calidad de alumna, no como investigadora. En cierta forma era una manera de igualar mi posición con la del resto de mis compañeros, más allá de las diferencias de nivel de aprendizaje.

Con el paso del tiempo, también me di cuenta que al profesor le interesaba “el compromiso”, el cual se certificaba con la asistencia regular a los entrenamientos. Asistir con regularidad, dos o tres veces por semanas por el lapso de una hora y media, mostraba el compromiso con el boxeo. Cuando algún alumno falta continuamente a los entrenamientos, el profesor en voz alta señala la falta de interés. Cuando entrenaba una vez a la semana, falté en una ocasión durante las vacaciones de invierno debido a la sobrecarga de obligaciones y al regresar después de 15 días, el profesor con cara seria y trato distante agregó: “apareció”. Frente a mi explicación en torno a la obligación de cuidar a mi hija en ese período retrucó: “bueno, la próxima me avisa y hacemos una vaquita entre todos y alquilamos un pelotero”.

El entrenador tiene respuesta para distintas situaciones. Si alguien trata de dar explicaciones frente a su apercibimiento, él contesta para ganar esa contienda dialéctica con el alumno. Él detenta el poder y la autoridad, dirige los tiempos y organiza el trabajo. El trato

conmigo (y con los alumnos en general) es ambiguo. En un mismo día puede pasar de un trato amable y cálido, a la ironía y al chiste que roza la ridiculización.

Tardé en entender que los comentarios no eran personales; quiero decir, yo no era la única persona a la que iban dirigidos sus comentarios, que si bien en general tendían a corregir los ejercicios (la parada, la defensa, el golpe) se mezclaban con acotaciones en la que se hacía referencia a un rasgo físico de la persona. A lo largo de estos meses, me convertí en “chiqui”, “enana”, “chica” (por el género), y otros en “gordo”, “barba”, “alto”. Que no me llamara por el nombre y apellido, como llamaba a otros compañeros, me generaba cierta incomodidad e inseguridad. Como antropóloga no podía dejar de pensar que era una manera de invisibilizarme en ese mundo dominado por los hombres. Invisibilidad que se daba por no mencionar mi nombre ni mi apellido; por llamarme a través de apodos. No obstante, esa modalidad de llamado era extendida para con otros compañeros. Tardé en reinterpretar esta idea, que se terminó de reformular durante una charla con el tercer instructor del gimnasio, hincha fanático de Chacarita. En dicha conversación, Gustavo dijo algo así como que muchos alumnos abandonaban porque “no se bancaban” al profesor, no se bancaban su personalidad. Ese trato no era hacia mí únicamente. Tardé en entender que la ausencia de nombre y apellido estaba más asociada a mi nivel como aprendiz grado cero que al hecho de ser mujer.

Estar en un lugar desconocido, enfrentándome a un deporte que nunca había practicado, que ha estado por décadas asociado a los hombres, produjo en mí un efecto: estar allí en silencio, con un perfil bajo, manteniendo un intercambio mínimo con mis compañeros varones (mayoría en el gimnasio). Mi amiga, a la que llamo Julia, me había advertido en varias ocasiones que al profesor no le gustaba el intercambio entre hombres y mujeres, el intercambio que no estuviera relacionado directamente con el entrenamiento. “Con ella no vas a tener problema”, le había dicho Julia al profesor. Efectivamente, llevé al mínimo los intercambios con los varones. Ni cruce de palabras ni de miradas durante los primeros meses. Cuando comencé a practicar con más frecuencia, tres veces por semana, en agosto, los intercambios con algunos se hicieron más fluidos. Estos comentarios eran superficiales, relativos a la música, el clima (“cuánta humedad”). En algunas circunstancias me quedé conversando sobre mi trabajo como antropóloga. Nahuel me preguntó si trabajaba en CONICET, por una remera que llevaba al entrenamiento sobre los Juegos organizados por esta institución; que su hermana trabajaba allí. Era becaria, socióloga. Fue importante para mí poder conversar con él y contarle qué estaba haciendo allí. Esto fue al

final de una clase. En otra ocasión hablamos sobre su práctica y mi práctica de yoga. Estas conversaciones se dieron al final de la clase, imposible durante su desarrollo, donde todos estamos concentrados y prestando atención al profesor. Pude comentarle a Nahuel y a otro chico más qué “estaba haciendo allí”.

A veces, los intercambios están relacionados con correcciones que hacen los alumnos con más trayectoria. Las correcciones pueden estar hechas tanto por hombres como por mujeres con más entrenamientos.

Lógicamente, los intercambios más fluidos se dan entre los alumnos con más tiempo en el boxeo y/o entre los profesores. Éstos últimos por lo general conversan de cuestiones relativas al deporte y/u otros temas (música, familia, fútbol, hinchadas). Las conversaciones son bastante animadas. “Cómo conversan”, pienso en ese momento, cuando los escucho. Por lo general, yo necesito concentración para realizar correctamente los ejercicios. No puedo estar distraída.

Una mañana cuando los profesores hablaban de las hinchadas, de las corridas, de los enfrentamientos entre los fanáticos, yo pensaba “si supieran”, por la experiencia que tenía con la hinchada de Independiente. Por supuesto, no dije nada en ese momento, ni en ningún otro en una conversación colectiva. Sí hablé del tema a solas con el tercer profesor a quién le pregunté si era de “la hinchada” de Chacarita. Intuí eso porque un tema favorito para charlar era la hinchada y sus aventuras. Nunca me involucré en una conversación de dos o más personas. El intercambio siempre fue hacia un solo compañero.

Con las mujeres ha sido distinto. Me encontré en dos o tres oportunidades con mi amiga, y después de saludarnos con un beso y abrazo y conversar rápidamente sobre algunos temas, cada una siguió su rutina. Estamos en niveles distintos. No practicamos juntas. No encuentro muchas chicas en el gimnasio. A la noche, me dice Julia, hay más. A Gigi la veo los miércoles. A ella logré comentarle aspectos personales, que tenía una hija, por ejemplo; datos que mantuve en silencio frente a los varones.

Enseñanza y aprendizaje de las técnicas corporales

La clase se divide en tres momentos. Una primera etapa en la que los alumnos realizamos ejercicios como una “entrada en calor”. “La gimnasia” como llaman a esta instancia consiste en

un trote de 10 minutos, en la ejecución de ejercicios de “piernas”, “piernas y brazos”, “cintura”, “brazos”, “soga”. Esta secuencia de ejercicio fue lo primero que aprendí, junto a Sebastián. Recuerdo que durante las primeras clases dijo que la gimnasia, que en ese momento realizaba en 40 minutos, luego debía realizarla en 20.

Lo que más me sorprendió fue que los ejercicios estaban directamente relacionados con el desempeño del boxeo. Los ejercicios de cintura para “la defensa”, la soga para la coordinación, un ejercicio de brazos y piernas para mantener “la guardia”. Sebastián comentó que “muchos dejan porque no les gusta la gimnasia”, “se aburren”. En esta etapa cada uno de los alumnos va a su ritmo, aunque éste tiene que ser constante, y como dice el profesor: la velocidad debe incrementarse con cada serie. Las series son tres, con 15 repeticiones cada una. A medida que van llegando los alumnos, se van acoplando a la dinámica del salón. La práctica en dicha etapa es individual, y se puede realizar frente al espejo o sin éste. El espejo ayuda a corregir, a mirar a otros compañeros en su desarrollo. Me he fijado muchas veces en la performance de mis compañeros para imitarlos en la ejecución. Cada uno va a su ritmo. El profesor aparece para hacer algunos comentarios. No hay demasiadas correcciones. Sólo indicaciones/correcciones para los que recién empiezan. La práctica se torna colectiva cuando el profesor indica un trote entre todos manteniendo una hilera, y agrega en los tramos más largos ciertos ejercicios: tres saltos en el lugar y pique hasta el final; saltos con las dos piernas juntas; saltos con piernas alternadas; etc.

La segunda etapa se centra en la técnica. Si bien la práctica también es individual, todos van al mismo tiempo bajo las indicaciones del profesor que ordena como primera instancia: “parada de combate”. Todos (algunos frente al espejo, otros no) parados, con una pierna adelante, la de atrás con el talón levantado. Los puños a la altura de la pera. Codos contra el cuerpo. Parados de perfil. El profesor comienza ordenando dar “un paso para adelante, uno para atrás” manteniendo “la parada”. “Uno para la derecha, otro para la izquierda”. “Dos para adelante, uno para atrás”. A los pocos minutos, agrega “los rectos” que se materializan en el “uno (izquierda), dos (derecha)”. A estos luego agrega las combinaciones y los pasos hacia adelante, atrás y costados. Por ejemplo, “un paso para adelante, uno, dos” (es decir, un paso manteniendo la parada y tiro con el brazo izquierdo, y luego con el derecho). Las combinaciones se completan con el cross y el gancho, que son los “tiros cortos”. Estamos realizando “escuela”, como el profesor llama a esta secuencia ordenada de ejercicios, aproximadamente 20 minutos. Aquí es necesario saber escuchar y coordinar los pasos y los golpes.

Esta parte se completa cuando los alumnos se distribuyen en el salón y practican la combinación de golpes frente a la bolsa. En ocasiones, se comparten las bolsas y el trabajo implica mayor coordinación con el compañero.

La tercera parte del entrenamiento consiste en realizar un trabajo físico que consiste en la ejecución de abdominales, a veces de manera individual, en otras coordinando entre todos los presentes. Para éste último caso, cada uno de los presentes elige un tipo de abdominal (baja, media o superior) y cuenta hasta 30 marcando el ritmo. Además, realizamos esquinales y fuerza de brazos. Finaliza el entrenamiento con un estiramiento. Esta parte cada uno la realiza a su ritmo. Generalmente quedamos pocos haciendo el estiramiento.

En toda esta dinámica, las palabras del profesor son centrales. Él es el que indica los ejercicios. Deja un mayor margen de libertad para “la gimnasia” e interviene marcando –y arengando – la realización de las abdominales. Pero, sin duda, la parte técnica no podríamos realizarla sin su intervención, sus pautas para realizar los ejercicios, sus correcciones. El profesor es el centro de la escena no sólo porque se planta desde una posición panóptica para observar los movimientos de todos los alumnos, sino también porque su voz se escucha de todas partes. Es el momento en el que se “lucen” no sólo porque explica los fines para los ejercicios sino también las correcciones se mezclan con sus ocurrencias y chistes, sarcasmos e ironías.

La manera que encuentra para explicar los movimientos (pasos, golpes, defensa) es a través de las palabras y con su propio cuerpo. En ocasiones, detiene el ritmo que llevamos todos, por ejemplo cuando “hacemos escuela” y muestra el ejercicio. “Muestro cómo es”. Mientras se mueve describe en sus propios términos qué está realizando.

La manera que tengo que incorporar sus explicaciones es mirando atentamente su ejecución, trato de seguirlo cuando el profesor muestra el ejercicio. Cuando no puedo ejecutar un movimiento, por ejemplo, “el gancho de izquierda” seguido por “el gancho de derecha” trato de practicarlo. Pregunté por este movimiento en distintos momentos diciendo que “no me salía”. Y la devolución fue “hay que practicar”, “hasta que se incorpore”. El profesor ha dicho en varias ocasiones “la práctica hace a la perfección”. Hay una instancia del aprendizaje que se basa en la repetición hasta que se produce su in(corporación); incorporación del movimiento que a esa altura se hace sin pensar, sin desagregados ni disecciones.

La relación que se establece entre moverse y pensar cobra distintas formas. Cuando comencé fue necesario pensar los movimientos. Movimientos que si se incorporan ya no se

piensan. No obstante, nunca dejo de pensar. Pienso en las combinaciones, trato de recordarlas. Me equivoco, trato de ejecutarla nuevamente. Me corrige el profesor la postura del brazo (“mordete las manos” “no las bajas”), trato de recordar la indicación para que no me vuelva a pasar.

La cooperación es parte de la enseñanza. Los más antiguos corrigen a los novatos. No hay una muestra de superioridad adrede, ni un abuso cuando se arman parejas de contrincantes para hacer guanteo. El profesor, además, está atento a los gestos excesivos.

Round final

El ambiente del gimnasio donde practico tres veces por semana boxeo es rudo. En el espacio físico predominan el blanco, negro y rojo. La atmósfera es densa, no corre mucho aire pese a que hay ventanales. La dinámica es de trabajo, donde son centrales la concentración y la seriedad. Si las personas ríen es a causa de los chistes y comentarios graciosos del profesor. No se escuchan risotadas ni gritos. Sí los gritos del profesor. En este ambiente de hombres, pensé que el trato iba a ser diferencial por ser mujer. Ha sido diferencial pero no tanto por el género sino por mi nivel en la disciplina. Ingresé sin conocimiento alguno sobre la materia. Era un aprendiz sin saberes. Los únicos saberes eran los que portaba por haber sido deportista en mi adolescencia.

Si bien al inicio, durante los primeros meses, sentía que era un outsider en el gimnasio, que no existía para nadie, y que “hacía el ridículo”. El tercer profesor me contestó: “eso es lo que vos pensás”. Con el correr del tiempo percibí que el profesor me fue incluyendo en la dinámica grupal. Un momento clave fue cuando hice abdominales a la par de todos, marcando yo misma un ejercicio para mis compañeros.

No obstante, sin duda, es un lugar donde la masculinidad como modelo (un tipo de masculinidad) atraviesa el ejercicio. El profesor se dirige a los alumnos en su calidad de varones. Cuando quiere corregir la actuación de un compañero usa ejemplos imaginarios de peleas callejeras entre hombres de dos bandos distintos, donde los chicos del gimnasio muestran que “tienen aguante”. El profesor dice en esas ocasiones: “ya sé que tiene aguante, acá, en el ring tienen que mostrar que son inteligentes”. Otra escena imaginada por el profesor fue la del “robo de la minita en el boliche”. Y me puso como “minita” a mí. Es decir, las imágenes a través de las

cuales quiere aleccionar a los alumnos es a través de imágenes donde los hombres muestran su valor frente a otros, y dónde la mujer es objeto de disputa.

Por otra parte, reforzando esta división de géneros entre hombres y mujeres. En una ocasión, cuando el profesor me corrigió mis golpes (los hacía por primera vez) en el punching, dijo: “parece que estás batiendo”.

En términos de división de ejercicios para hombres y mujeres, sólo encontré en algunas situaciones puntuales esta diferenciación. Cuando nos encomendó hacer fuerza de brazos mientras “hacíamos escuela”. “Las mujeres hacen 6, los hombres 10”. Tampoco hay distinción de ejercicios por edad, sí por niveles de aprendizaje.

Recuerdo haber charlado con Sebastián cuando me enseñaba la gimnasia. “No sé cuál va a ser mi límite”, “no hay límite” contestó. Mi pregunta inicial se basaba en: ¿cuál es el límite para mi condición corporal y mi edad biológica? ¿voy a llegar pronto a ese límite? ¿qué sucede cuándo el cuerpo no puede “hacer carne” los ejercicios? ¿o sostenerlos de manera regular? Pasé de las inquietudes por el género en el boxeo, a la pregunta sobre éste y la edad.

Al respecto percibí que a diferencia de otros espacios de entrenamiento, aquí no me pidieron un “apto físico” para conocer las condiciones para realizar una actividad física de alta intensidad, despliegue y resistencia.